

EL AMANUENSE

En la soledad, fuera del mundo, dentro de los muros de un convento, en el silencio de la fría biblioteca estaba sentado el amanuense. En una de sus manos, la pluma de águila, en la otra sujetaba el manuscrito que con tanto cuidado copiaba. El amanuense era un monje extraño al resto de copistas. Su caligrafía era del todo original. Con las letras no escribía, sino que pintaba cuadros impresionistas, adelantados a su época. El amanuense había sido recluído en el convento más alejado del mundo, condenado a pagar su pena: el ser diferente. Su letra no era la de un simple copista de la realidad. Él inventaba, dibujaba, creaba. Su caligrafía era un jeroglífico que describía un universo distinto; una vida del mundo, pero, a la vez, más allá del mundo. El amanuense era un creador que se nutría de la vida , de lo ya escrito, para alzar el vuelo, con su pluma de águila, hacia lunas aún no visitadas.